

Premio John W. Campbell

LA PUERTA DE IVREL

EL LIBRO DE MORGAINÉ
VOLUMEN I



PREMIO HUGO

C. J. CHERRYH

Sembradas por la Galaxia, se encontraban las Puertas espacio-temporales de una raza extraterrestre que, habiendo desaparecido, no había sido olvidada. En su momento, mucho antes del nacimiento de las civilizaciones nativas, habían aterrorizado a cien mundos. Pero no por maldad, sino por insensatez, por jugar con vínculos que mantiene el universo unido.

Ahora, la misión era destruir esas puertas, eliminar su capacidad para el mal, arrancar el horror de las manos de los pocos que ansiaban alcanzar el poder a través del uso maligno de las Puertas. Esta es la historia de una de esas puertas y de uno de esos mundos.

Prólogo

Las puertas fueron la ruina del pueblo qhal. Las había por doquier, en cada mundo, habían sido durante milenios una realidad cotidiana. Y habían unido toda la red de civilizaciones de los qhal. Un imperio que abarcaba tanto el tiempo como el espacio, porque las Puertas conducían a otros tiempos tanto como a otros lugares... excepto al final.

En un principio, la faceta temporal de las Puertas no había sido un motivo de gran preocupación. La tecnología de las Puertas había sido descubierta en un mundo muerto del sistema qhal. Un descubrimiento que, al haberse realizado en las décadas iniciales del viaje espacial, había abierto para ellos la ruta a las estrellas. A partir de entonces las naves espaciales sólo fueron utilizadas para el transporte inicial de técnicos y equipo a lo largo de una distancia de años luz.

Pero después de que la Puerta de cada mundo era construida, el viaje hasta ese mundo, y sobre su superficie, se convertía en instantáneo. El tiempo detenía su paso en el tránsito entre las Puertas. Era posible ir de un punto a otro, separados por distancias de años luz, sin envejecer. Al margen del tiempo real de las naves espaciales. Y era posible seleccionar no sólo el lugar de llegada, sino incluso el momento. Hasta momentos diferentes sobre un mismo mundo, proyectándose hacia adelante, a otro momento posterior de su existencia, en otro lugar del camino de los mundos y de los soles.

Por ley, no había marcha atrás en el tiempo. Se había especulado, desde que el aspecto temporal de las Puertas fue descubierto, que los accidentes en el futuro no tendrían

peores consecuencias que en el presente. Pero las manipulaciones en el pasado podían afectar múltiples hechos y vidas.

Así, el pueblo qhal emigró a través del futuro. Congregándose en número creciente en las épocas más remotas. Emigraban también en el espacio y se entrometían insolentes en los asuntos de otros seres, arrancando de sus goznes segmentos enteros del tiempo. Por lo general detestaban las formas de vida ajenas a su mundo. Incluso las que se les parecían o podían aparearse con ellos. Si era posible, odiaban a estos posibles rivales más que a nada, e igualmente a los mestizos, porque no entraba en su carácter el soportar divergencias. Sencillamente, utilizaban las razas menores según les servían, y sembraban los mundos que colonizaban con lo que habían recogido en mundos compatibles y les apetecía. Podían experimentar con los mundos y saltar en el tiempo para ver los resultados. Al ser el uso de las Puertas restringido estrictamente a los qhal, cosechaban las riquezas de los otros, de los que no eran qhal y se arrastraban por los siglos al ritmo del tiempo real. A los qhal, al final, les quedaban pocas necesidades y pocas ambiciones, excepto por el lujo y el entretenimiento y el ansia que les unía construir otras Puertas, incluso más lejanas.

Hasta que alguien, en algún tiempo, retrocedió y manipuló, quizá de manera infinitesimal.

El conjunto de la realidad se retorció e hizo trizas. Empezó con pequeñas anomalías que crecieron masivamente hasta convertirse en un esfuerzo temporal que alcanzó los confines del tiempo y el espacio en que había Puertas.

El tiempo rebotó, produciendo algunas ondas de distorsión que se centraron en algún punto del Ahora sobre extendido.

Al menos, eso fue lo que dedujeron los especialistas del «Science Bureau» cuando los mundos que sobrevivieron fueron descubiertos, junto con los pecios, reliquias qhal,

que habían sido arrojados por el tiempo. Y entre ellos estaban las Puertas.

Las Puertas existen. Por tanto, podemos suponer que existen en el futuro y en el pasado. Pero no podemos saber hasta dónde se extienden hasta que no las utilicemos. De acuerdo con la actual creencia qhal, que carece de respaldo, mundo tras mundo ha sido afectado. Y en esos mundos los elementos están muy mezclados. Entre estas anomalías puede haber supervivencias, extraídas de nuestra propia área, que podrían resultar letales al ser conducidas atrás en el tiempo.

Es la opinión de esta oficina que las Puertas, una vez pasadas, deben cerrarse desde el lado más lejano del espacio y del tiempo o corremos el riesgo constante de una nueva implosión espaciotemporal como la que arruinó a los qhal. Es la teoría de los propios qhal que esta zona del espacio ha presenciado otra implosión anterior, quizá de unos pocos años o de milenios, que fue conducida por la primera Puerta y receptor descubiertos por los qhal, que emanó la primera cultura extraterrestre desconocida y después la suya. Existe un riesgo constante de que nuestra existencia pueda verse afectada en cualquier instante mientras exista una sola Puerta. Es la opinión generalizada de la oficina, en su mayoría, que las Puertas deben emplearse, pero sólo para despachar una fuerza para cerrarlas o destruirlas. Un equipo ha sido preparado. El regreso para ellos resultará imposible, por supuesto. Y la duración de su misión es indeterminada. Así que, por un lado, puede resultar en la captura o destrucción inmediata del equipo o puede resultar una tarea de una dimensión temporal tal que una generación, o una docena, de la fuerza expedicionaria no resulten suficientes para alcanzar la Puerta definitiva.

(Journal, Science Bureau, vol. XXX, pág. 22).

Sobre la altura de Ivrel se alzan piedras talladas con tales runas qujalinas que, si un hombre las toca, se lo llevan en cuerpo y alma al instante. En estos lugares de poder se mueven grandes fuerzas que las magias qujalinas aún controlan. Conocería la sangre qujal de esta manera. Si nace un niño de ojos grises y estatura considerable que, huyendo de Dios, busca sitios como esos, porque a los ajal les falta el alma, y, sin embargo, por sus hechizos, viven hermosos y jóvenes más años que los hombres.

(Libro de Embry, Hait-an-Koris).

En el año 1431 del calendario común hubo guerra entre los príncipes de Aenor, Koris, Baien y Korissith contra la fortaleza de Hjemur-tras-Ivrel. En ese año el señor de Hjemur era el brujo Tbiye, hijo de Tbiye, señor de Ra-Hjemur. Señor de Ivrel de los Fuegos que da sombra a Irien.

Y en ese tiempo vinieron al exilado señor de Koris, Chya Tiffwy, hijo de Han, cinco desconocidos como nunca habían sido vistos en estas tierras. Dijeron que habían venido de muy al sur y se hicieron bienvenidos de Chya Tiffwy y del señor de Aenor, Ris Gyr, hijo de Leleolm. Ahora fue observado claramente que uno de los desconocidos era seguramente de raza qujal, siendo una mujer de color pálido y tan alta como la mayoría de los hombres. Otro era de color dorado, pero no distinto de los que hacen por naturaleza en Koris o en Andur. Ahora los ojos de Tiffwy y de Gir fueron seguramente cegados por su gran deseo. Siendo hijos de hermanas y estando el reino de Tiffwy en manos del señor de Ivrel de los Fuegos. Entonces persuadieron con grandes juramentos y promesas de recompensas a los señores de Baienan, el principal de los cuales era también primo de ellos, siendo éste el señor Seo, que era hijo del tercer hermano del señor de Andur Rus. Y de a caballo reunieron sie-

te mil, y de a pie reunieron tres mil, Y con las promesas y juramentos de los cinco izaron sus banderas contra el señor Thiye.

Ahora bien, hay un dolmen en el valle de Irien, tallado con runas, similar a otros en Aenor y Sith, y parecido al gran arco del Fuego Brujo de Ivrel, según opinión general, y había sido cuitado siempre, aunque no había hecho daño alguno nunca.

A este lugar siguieron los señores de Afidur a Tiffwy, hijo de Han, y a los cinco para asaltar Ivrel y la fortaleza de Hjemur. Y resultó evidente que Tiffivy había sido engañado por los extraños, porque diez mil bajaron al valle de Irien desde la altura de Groien, y de ellos todos perecieron menos un joven de Baienan, llamado Tem Reth, cuya montura tropezó en el camino y así salvó su vida. Cuando despertó de su letargo no había ser vivo sobre el campo de Irien, ni hombre ni bestia, aunque ningún enemigo había ocupado el campo. De los diez mil sólo quedaban algunos cadáveres, y en ellos no se encontraban heridas. Este Reth de Baien-an abandonó el campo con vida. Pero, lamentando esto mucho, entró en el monasterio de Baien-an, donde pasó su vida en oraciones. Habiendo realizado tal maldad, los extraños desaparecieron. Fue dicho, sin embargo, por mucha gente de Aenor, que la mujer regresó allí y escapó aterrorizada cuando se alzaron en armas contra ella. Por ello, se dice que murió en una colina de piedras llamada la tumba de Morgaine, porque por ese nombre la conocían, aunque se asegura que tuvo muchos nombres y títulos y derechos de señora. Allí se cuenta que duerme, esperando que la gran maldición se rompa y sea liberada. Por eso, cada año la gente de la aldea de Reomel acude allí llevando regalos y emitiendo maldiciones, no sea que por casualidad despierte y les haga mal.

De los otros no se encontró rastro ni en Irien ni en Aenor.

Anales de Baienan

CAPÍTULO I

Nacer kurshino o andurino era una circunstancia que importaba poco en términos de orgullo. Sólo señalaba a un hombre como hombre, y no como a un salvaje como los que habitaban al sur de Andur-Kursh en Lun, en fin, o que no estaba manchado con brujería y sangre qujalín como la gente de Hjemur y hacia el norte. Entre Andur de los montes y Kursh de las montañas existía escaso motivo de rivalidad, era sólo decir que uno era pastor o cazador, pero ambos eran verdaderos hombres y hombres de Dios, y una vez —en los tiempos de los emperadores de Koris— formaban una nación.

Nacer en un cantón en particular, como Monja o Baien o Aenor, ésta era una cuestión que merecía lealtad. Una lealtad que tenían en común todos los morijanes o baienenses o aenorinos, cualquiera que fuese su rango, ya había un fuerte amor al hogar en la gente de Andur-Kursh.

Pero dentro de cada cantón existían las familias, y las familias eran el verdadero punto focal del amor, del orgullo y de la lealtad. En la mayoría de los cantones, varias familias gobernantes ascendían y caían dentro de continuos ciclos de rivalidad y lucha por el poder, y existían las más numerosas familias menores que estaban acostumbradas a obedecer, Morija era única, en el sentido de que tenía una sola familia gobernante y las otras cinco estaban sometidas. Originalmente habían existido las familias Yla y Nhi. Pero la familia Yla había perecido hasta el último hombre en Irien hacía cien años, así que ahora sólo quedaban los Nhi.

Vanye era un Nhi, lo que quiere decir que era honorable hasta el extremo de la obsesión; era un guerrero espléndido y brillante, hábil con los caballos. Tenía, sin embargo, estados de ánimo que cambiaban con mucha rapidez y una despreocupación que mantenía a la familia Nhi en un continuo fermento de conspiraciones y traiciones. Vanye no ponía en duda estas verdades respecto a sí mismo: después de todo era el carácter propio de toda la familia Nhi. Era lo esperado de todos los que llevaban la sangre, al igual que cada familia tenía su personalidad atribuida. Un joven Nhi gastaba todas sus energías viviendo a la altura de lo que se esperaba o viviendo en desafío con sus rasgos menos deseables.

Sus hermanastros poseían también estos rasgos, como, por supuesto, el señor Nhi Rijan, que era padre de todos ellos. Pero Vanye era Chya por el lado korishio de su madre, y los Chya eran volátiles y artísticos y el orgullo dominaba a menudo su buen sentido. Sus hermanastros eran Myya, que era una familia guerrera de Morija, ambiciosa pero sometida, cuya gente era aficionada a los secretos, fría y en ocasiones cruel. Estaba en el carácter de Vanye ser locuaz, sin importarle las consecuencias. Como estaba en el carácter de sus hermanos guardarse su propia opinión. Su carácter era irritable, mientras el de sus hermanos era implacable. No era culpa de nadie, a no ser que fuese culpa de Nhi Rijan, quien había sido lo bastante descuidado como para engendrar a un bastardo Chya, y dos hijos legítimos Nhi-Myya y alojar a los tres bajo un mismo techo. Y un día de otoño, a los 23 años de Nhi Rijan en Ra-Morij, un hijo de Rijan murió.

Vanye no se atrevía a presentarse ante Nhi Rijan su padre, hicieron falta varios Myya para obligarle a entrar en aquel cuarto, iluminado por antorchas, que apestaban fuertemente a fuego y miedo. Entonces no quiso mirar a su padre a los ojos, sino que se dejó caer, apoyando el rostro en el suelo, y tocó con la frente el frío pavimento de piedra, y

descansó allí, sin moverse, mientras Rijan atendía a su heredero superviviente, Nhi Erij, que estaba gravemente herido: el afilado mandoble había estado a punto de cortar los dedos de la mano derecha, la mano con que manejaba la espada. Y sacerdotes sudorosos, junto al viejo San Romen, trabajaban con el príncipe quejoso, dándole bebedizos y emplastes para calmar su dolor, mientras intentaban salvar sus miembros dañados.

Nhi Kandrys no había sido tan afortunado. Su cuerpo, la frente ceñida con una cuerda roja para retener su alma hasta el funeral, descansaba entre luces funerarias sobre otro banco de la armería.

Erij contuvo un grito ante el toque y el silbido del hierro, y Vanye parpadeó. Hubo un hedor de carne quemada. Eventualmente, las quejas de Erij se volvieron más débiles, conforme el vino drogado fue haciendo su efecto. Vanye alzó la cabeza, temiendo que también este hermano hubiese muerto. Algunos morían por el efecto conjunto de la cauterización, el impacto y el vino drogado. Pero su hermanastro todavía respiraba.

Y Nhi Rijan golpeó con toda la fuerza de su brazo y arrojó a Vanye rodando, mareado, por los suelos. La cabeza todavía le dolía cuando se arrastró para retomar su postura de rodillas, con la cabeza inclinada a los pies de su padre.

—Chya asesino —dijo su padre—. Mi maldición, mi maldición sobre ti —y su padre lloró. Esto le dolió a Vanye más que el golpe. Levantó la mirada y contempló una expresión de completo asco. Nunca había imaginado que Nhi Rijan fuese capaz de llorar.

—Si hubiese empleado el pensamiento de una hora al procrearte, hijo bastardo, no habría engendrado hijos de una Chya. Chya y Nhi es un cruce desafortunado. Me gustaría haber ejercitado una mayor prudencia.

—Me defendí —protestó Vanye con los labios amoratados—. Kandrys pretendía derramar mi sangre..., mira... —y mostró su costado, donde la armadura de práctica ligera

estaba desgarrada y manaba la sangre. Pero su padre apartó el rostro de esto.

—Kandrys era mi primogénito —dijo su padre—, y tú fuiste el entretenimiento de una noche sin la menor importancia. Y he pagado muy cara esa noche. Pero te recogí en la casa, le debía eso a tu madre, ya que tuvo la desgracia de morir, dándote la vida. También fuiste la muerte de ella. Tenía que haberme dado cuenta de que estabas maldito de esa manera. Kandrys muerto, Erij mutilado..., todo por alguien como tú, hijo bastardo. ¿Esperabas ser el heredero si los dos morían? ¿Era eso?

—Padre, pretendían matarme —lloró Vanye.

—No. Poner esa arrogancia tuya en su sitio..., eso quizá. Pero no matarte. Tú eres el que ha matado. El que ha asesinado. Quien ha vuelto su filo contra su hermano en las prácticas. Lo cierto es que estás vivo y mi primogénito no. Y me gustaría que fuese al revés, bastardo Chya. Nunca debí haberte recogido. Nunca.

—Padre —gritó Vanye, y el dorso de la mano de Rijan aplastó la palabra en su boca y le dejó limpiándose la sangre de los labios. Vanye se inclinó de nuevo y lloró.

—¿Qué haré contigo? —preguntó Rijan al cabo.

—No lo sé —dijo Vanye.

—Cada hombre lleva su propio honor. Lo sabe.

Vanye levantó la vista, mareado y temblando. No podía hablar en contestación a eso. Dejarse caer sobre su propia espada y morir..., esto era lo que le pedía su padre. El amor y el odio estaban tan mezclados dentro de él que se sentía partido por la mitad. Y las lágrimas le cegaron, haciéndole sentirse todavía más avergonzado.

—¿Lo emplearás? —dijo Rijan.

Era el honor de los Nhi. Pero la sangre Chya fluía con fuerza en su interior y los Chya amaban demasiado la vida.

El silencio pesaba en el aire.

—Los Nhi no pueden matar Nhis —dijo Rijan por fin—. Entonces nos abandonarás.

—No deseaba matarle.

—Eres hábil. Está claro que tu mano es más honrada que tu boca. Golpeaste para matar. Tu hermano está muerto. Planeaste matar a los dos hermanos, y Erij no estaba ni siquiera armado. No puedes darme otra respuesta. Te convertirás en ilin. Esto te lo impongo.

—Sí señor —dijo Vanye tocando el suelo con la frente, y había un sabor de cenizas en su paladar. Sólo había perspectivas cortas para un ilin sin señor. Y hombres semejantes se convertían a menudo en simples bandidos y terminaban de mala manera.

—Eres hábil —dijo su padre de nuevo—. Lo más probable es que encuentres un lugar en Aenor, ya que una mujer Chya es la esposa de Rys de Aenor-Pywn. Pero tienes que atravesar las tierras del señor Gervaine, entre los Myya. Si Myya Gervaine te mata, tu hermano habrá sido vengado. Y será hecho sin sangre en las manos de los Nhi, o en sus aceros.

—¿Es lo que deseas? —preguntó Vanye.

—Has elegido vivir —dijo su padre. Y del propio cinturón de Vanye sacó la espada del Honor, que era el signo distintivo de los uyin. Y cogió el pelo largo de Vanye, que era el distintivo Nhi de la hombría, y lo cortó bruscamente a longitudes irregulares. Y, cuando hubo terminado con esto, Nhi Rijan colocó su talón sobre la espada y la rompió, arrojando los fragmentos al regazo de Vanye.

—Arregla eso —dijo Rija—, si es que puedes.

El viento sopló frío sobre su nuca afeitada. Vanye encontró fuerzas para levantarse, y sus dedos entumecidos aún sostenían los fragmentos de su corta espada.

—¿Tendré caballo y armas? —preguntó sin estar seguro de recibirlos, pero sin ellos moriría con seguridad.

—Toma todo lo que es tuyo —dijo el Nhi—, la familia Nhi quiere olvidarte. Si eres capturado dentro de nuestras fronteras, serás ejecutado como un enemigo y un desconocido.

Vanye se inclinó, se dio la vuelta y salió.

—Cobarde —gritó la voz de su padre detrás de él, recordándole el insatisfecho honor Nhi que demandaba su muerte. Y, ahora, él deseaba fervientemente morir, pero ya no serviría de ayuda a su personal deshonra. Estaba marcado como un delincuente para la horca, como los más bajos criminales. El exilio no había exigido este castigo adicional..., era la justicia personal del señor Nhi Rijan. Porque los Nhi también tenían una naturaleza más oscura que resultaba en su venganza implacable y excesiva.

Se puso su armadura, ocultando la vergüenza de su cabeza bajo una cofia de cuero y un yelmo picudo, y envolviendo en torno al yelmo la bufanda blanca del ilin, el guerrero vagabundo, que podía ser reclamado por cualquier señor que le concediera hospitalidad.

Los ilinin eran a menudo criminales, o sin familia, o bastardos sin reconocer y algunos hombres religiosos que hacían penitencia por algún pecado en particular. Atados por una auténtica esclavitud conforme a los códigos del ilin, que vinculaban las almas a servir durante un año al ser reclamados.

No pocos se convertían en mercenarios, aceptando una paga y perdiendo el rango de uyin; o, en completa deshonra, se convertían en ladrones; o, si eran honrados y honorables, se morían de hambre, o eran robados y asesinados, bien por forajidos, bien por señores fronterizos que reclamaban y tomaban sus servicios y entonces les reclamaban todas sus propiedades.

Los Reinos Medios no estaban en paz, no había habido paz desde Trien y la generación anterior. Pero tampoco había grandes guerras, como las que podían hacer la vida de un ilin rentable. Había sólo la pobreza aplastante para las aldeas y, en Koris, los esbirros del mal de Hjemur..., oscuras hechicerías y señores forajidos, mucho peores que los forajidos de la sierra.

Y estaba la pequeña tierra de Morij Erd, propiedad del señor Gervaine, que bloqueaba su camino a Aenor y a su única esperanza de seguridad.

Fue el segundo invierno, el frío de los pasos altos y un caballo muerto lo que finalmente le impulsaron a dar el paso desesperado de intentar cruzar las tierras de Gervaine.

Una negra flecha myya había derribado a su caballo caído, el pobre Mai, que había sido su montura desde que por primera vez alcanzó la madurez. Y el equipo de Mai estaba ahora sobre una yegua baya que había conseguido de un myya..., al estar su propietario más allá de necesitarla.

Le habían perseguido desde Luo hasta Ethrithmri, y sólo en una ocasión se había vuelto para combatir. Colina por colina, le habían empujado hacia las montañas del sur. Él corría con ganas ahora, aunque estaba débil a causa del hambre y le quedaba poco grano para su caballo. Aenor estaba justo detrás de las próximas sierras. Los Myya no eran amigos de Rys de Aenor-Pywn y no se arriesgarían a adentrarse en esa tierra.

Tardó en darse cuenta de cuál era la naturaleza del camino que había empezado a recorrer, era la vieja carretera qujalma y no la que él buscaba. Ocasionalmente, el pavimento resonaba bajo las herraduras de la yegua baya. En otros momentos había piedras que se alzaban a los lados del camino y empezó a temer que se dirigía hacia los lugares muertos, los sitios malditos. Nevó durante un tiempo, blanqueándolo todo, deteniendo la persecución (al menos tenía esa esperanza). Y pasó la noche sobre la silla, atreviéndose a dormir sólo un rato al amanecer, después de que los movimientos de los arbustos hubieron cesado y ya no tenía miedo de los lobos.

Cabalgó entonces durante el largo día, bajando por el lado aenishio del paso, débil y mareado a causa del hambre.

Se encontró, asimismo, entrando en un valle de pilares de piedra.

No había ya duda de que manos qujales habían elevado esos monolitos. Era el valle de Morgaine. Lo reconocía ahora por las canciones y los rumores maléficos. Era un lugar que ningún hombre, de Kursh o Andur, habría recorrido con un corazón alegre cuando se ponía la luna, y el sol se estaba hundiendo rápidamente hacia la oscuridad, con otro banco de nubes moviéndose desde la montaña a su espalda.

Se atrevió a mirar entre los pilares que coronaban la colina conocida como la tumba de Morgaine, y el sol, en su declive, se quedó atrapado ahí, como una mariposa en una red, desgarrado y temblando. Era el efecto de los Fuegos Brujos, como el gran Fuego Brujo de la montaña de Ivrel, donde gobernaba el señor de Hjemur, demostrando que los poderes qujalines no habían desaparecido completamente ni aquí ni allí.

Vanye envolvió su capa harapienta en torno a sus hombros envueltos en la cota de malla y puso a su exhausto caballo a un paso más rápido, más allá de las piedras profanadas de la base de la colina. La bruja de pelo claro había puesto todo el Andur-Kursh en pie de guerra, había arrojado la mitad de los Reinos Medios en el regazo de Thiye Thiyez. Aquí el aire estaba intranquilo todavía. Era incierto si era por el poder de las piedras o el recuerdo de Morgaine.

Cuando en Hjemur Thiye reinaba
Extraños allí llegaban
y tres tenían cabello oscuro
y otro trae la tez dorada,
con ellos va una doncella
que es blanca como la escarcha.